

tualmente en la vida política, literaria, comercial y económica de la Argentina una fuerza enorme, sólo comparable con la de empresas semejantes en Inglaterra y los Estados Unidos, donde un diario vale lo que una gran usina, un Banco o una red de ferrocarril, que cuenta por miles los hombres que colaboran en ellos y por millones los capitales que se emplean y cuya vida es el foco de una actividad que se proyecta largamente. No hay hombre de valer en la República Argentina que no haya colaborado en «La Nación», ni escritor de alguna fama de Europa o de América, que no haya pasado por el gran diario, aparte de las especialidades en todos los ramos que emplea. El número de ejemplares que edita sube de dos centenares de mil, según entendemos, y sus maquinarias constituyen la instalación en su género más importante del continente sudamericano, y se están renovando constantemente, en una fiebre de progreso, de que es el factor principal su actual director, don Jorge E. Mitre.

Vayan, repetimos, nuestros saludos en este día al gran diario amigo.

“EL MERCURIO” y “LA NACIÓN”

Invitado «El Mercurio» a participar en el número especial del cincuentenario de «La Nación» de Buenos Aires, que se cumple hoy, nuestro redactor, don Joaquín Díaz Garcés, envió el siguiente artículo, que se nos retransmite por telégrafo desde Buenos Aires, al aparecer el número extraordinario del ilustre colega transandino.

LA prensa no pudo anunciar el comienzo del mundo; pero ciertamente vaticinará su fin. Ya lo ha ensayado algunas veces. Porque la prensa se incorporó de tal manera al mundo que hoy día es la pulsación que revela sus latidos. Enseña, informa, comenta, y ofrece la exacta medida del ritmo y fuerza de la humanidad.

Nacida en la literatura, se educó en la vida y profesó en la política.

Pocos son los países que nacieron armados de prensa, como Minerva de casco y lanza. Los hispanoamericanos son de éstos. El fraile de la Buena Muerte, Camilo Henríquez tocó en Chile la diana de la revolución, lanzando en una hoja de papel rayado, con el título de *La Aurora* el primer periódico de propaganda. Era aurora de opinión, es cierto, y luego habría de lucir el pleno sol de los códigos, de las leyes electorales, de las asambleas, del sufragio libre y del cotidiano rotativo.

Pasa algo curiosísimo en Hispano-América. Tenemos algo de la fruta madura por fuerza. Los pueblos civilizados del oriente y del occidente, tuvieron dulce infancia pastoril, cruda adolescencia guerrera, larga juventud sentimental, maduro apogeo de refor-

mas y de industrialismo, y ahora se han quemado en la hoguera de una renovación en que, como nuevo fénix, comienzan diversas etapas de esperanzas colmadas. En este continente nacimos de los viejos de España, en curiosidad edénica; nacimos de días, con instintos y ambiciones de siglos. La madre cansada, nos entregó a la lactancia de una nodriza de quince años; mordimos fuertemente el verde pezón, con labios conscientes y gustadores.

¿Es extraño así que esta influencia poderosa de la prensa en la opinión, fenómeno casi reciente en Europa, sea en Sud-América un teorema? El diario fué en este continente el silabario, la escuela entera; sirvió hasta para cubrir los muros del rancho. Globo de jabón luminoso, se endureció y hasta alguna vez se convirtió en bomba metálica y mortífera.

En América la prensa es casi árbol aborígen en sus selvas intelectuales, aún tan poco estudiadas. La prensa ha sido el evangelio de sus repúblicas. Todos los dirigentes comenzaron en su escuela, y fué ella un alto observatorio para sus comunicaciones mentales con el mundo.

Reconozcamos que en nuestras tierras la prensa ha sido la madrina de las nacionalidades, generalmente su hada benéfica y siempre su guía. En este concepto y con este credo, la defenderemos de que llegue a ser depósito de fermentos anárquicos, disociadores o guerreros.

De la costa del Pacífico al Atlántico, dos grandes diarios se han dado la mano. *La Nación* y *El Mercurio* se reconocieron hijos de una misma madre, hijos de libertad y de paz, hermanos de una generosa sangre de hospitalidad y de amor. Han cruzado las cumbres andinas desde ambas patrias más argentinos que chilenos. Entre aquéllos vino a Chile don Bartolomé Mitre.

Era un hidalgo que unía a su virilidad y cortesía españolas, algo de oriental que sorbió en la cultura helénica y mucho de latino con que sellaron en las primeras lecciones clásicas su personalidad armoniosa y ordenada. Puesto como retórico elegante, frente a la pampa que invitaba a la cabalgata, el jurista fué guerrero, caudillo y general. LEADER de una sociedad, y selección de una democracia, fué Presidente de la República. Si el primer rey fué un soldado afortunado, el primer Presidente puede ser un bachiller buen mozo y valiente.

No vino el general Mitre a Chile, como otros grandes hombres de su tierra, a desahogar rencores ni a embestir contra los tiranos. Como los desterrados de Francia en Inglaterra, visitó salones, compuso versos, encantó mujeres y dejó recuerdos que viven. Su pobreza era la de un hidalgo arruinado; la llevó en silencio tan digno y orgulloso que casi no encontró sitio la amabilidad del santiaguino para hacérsela sobrellevar.

El año 48 redactó las columnas del diario en que escribió. Fué *El Mercurio* hogar de argentinos. Sus almas vagan aún en pena por nuestras salas. Eran ardientes batalladores, románticos heraldos de luchas liberales que después llenaron de encantadora fraseología a la prensa inocente de esos tiempos.

Pero Mitre no firmó sus artículos políticos. Su nombre aparece sólo por rectificar hechos de historia, o referirse al archivo de Lima. Parece que prefirió en Chile vencer sus tendencias periodísticas más que en otros países que su peregrinación abarcó.

Sin embargo, no dejaremos de decir, en esta gran solemnidad para *La Nación*, que ya basta eso sólo para que reconozcamos hermano al gran órgano de opinión argentina, pues si algún día hacemos un monumento a la paz e inteligencia de los dos pueblos cuyo vértice de los Andes corona el Cristo Redentor, figurarán en él *La Nación* y *El Mercurio*, Mitre, Sarmiento, Agustín Edwards y el símbolo de la prensa para ornar en medallón de bronce el pedestal de eterno granito.

Una fiesta cincuentenaria de *La Nación* es una fiesta de *El Mercurio*. Marchamos nosotros hacia el siglo que se cumple en siete años más. El voto que formulamos para hoy y para setiembre de 1927, es que «Argentina y Chile, buscando en su raza, en su sangre, en su historia y su tradición, las nuevas formas de la vida republicana, encuentren a *La Nación* y a *El Mercurio* como viejos y siempre nuevos, órganos de la edad por venir».

Y esto es útil, porque si aquí no viene sangre nueva a cambiar las líneas de la antigua fisonomía, allá, tierra hospitalaria para los hombres, afluyen nuevas corrientes que poco o nada saben de los amores, parentescos y afectos de los abuelos.

(*El Mercurio*, Santiago de Chile, 4 de enero de 1920.)

La primera casa que anuncia haber rebajado sus precios de acuerdo con las circunstancias es

LA DESPENSA
New England La Gran Vía